

LA IRREVERSIBILIDAD DE PROCESOS Y EL PROYECTO DE UNA ÉTICA PARA LA SOCIEDAD QUE VIENE

*THE IRREVERSIBILITY OF PROCESSES AND THE PROJECT
OF AN ETHICS FOR THE COMING SOCIETY*

Iliana Melero Monagas

DOI: 10.26754/ojs_arif/arif.202125917

Arenas, L., (2021), *Capitalismo Cansado. Tensiones (eco)políticas del desorden global*, Madrid: Trotta.

«En menos de un año, estaré muerto. Por supuesto, todavía no lo sé. Y en cierta manera, ya estoy muerto». Con esta desgarradora introducción de una voz en *off* comienza *American Beauty*: la galardonada *opera prima* de Sam Mendes. En ella se representa satíricamente el sueño americano, a través de personajes con dobles vidas, proyectos de vida reprimidos y frustraciones más o menos manifiestas o sublimadas que, en ocasiones, dejan víctimas por el camino. La alegoría que evoca esta película de la auto-aniquilación o aniquilación mutua del apocalipsis propiciado por los hombres, condensado en el fallido ideal de vida americano, es signo del fracaso de una civilización. Si el cine en ocasiones puede fomentar nuestro pensamiento crítico o emocionarnos (como confiesa el propio autor —Luis Arenas— que le ocurrió con esta película), los ensayos críticos nos permiten exponer con minuciosidad las ideas implícitas de los sistemas y sus posibles problemas y consecuencias.

Esta es la tarea de *Capitalismo Cansado*. Analiza las premisas y problemas del actual orden social institucionalizado, el cual, yendo más allá de los límites éticos, sociales y materiales, destruye sus propias condiciones de posibilidad. Arenas se propone mostrar que «el crecimiento exponencial de riqueza, población y desigualdad que han conocido las sociedades capitalistas en los últimos doscientos años (...) se ha producido gracias a factores que hoy empiezan a no poder darse por descontado». Los recursos de los que se alimenta la economía dan visos de estarse agotando. Factores que hasta ahora se habían considerado constantes, comienzan a variar. Los costes de industrias y centrales energéticas de mantenimiento de

residuos que se venían interpretando como externalidades que podían pasarse por alto en la contabilidad, son ya costes que paga con salud la humanidad en su conjunto; y no sólo los que ahora vivimos, sino también las generaciones que estarán por venir. El título de la obra pretende dar cuenta de este agotamiento de materias primas y del modelo mismo de producción y reproducción, a través de la metonimia que otorga al propio “capitalismo” la propiedad de estar también agotado o cansado. Agotamiento que anuncia, además, gramscianamente, lo nuevo que no termina de nacer.

Desde el plano de la crítica normativa se lleva alertando al menos dos siglos —desde la obra de Marx—, que la economía capitalista tiene inscrita en su propia lógica límites internos que van a hacer que deje de ser un sistema sostenible o siquiera posible. La historia, además, deja patentes los efectos catastróficos del capitalismo en la sociedad: si nos remontamos a la industrialización de la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX, observaremos claros perjuicios a la dignidad y a la vida de los obreros, al carecer éstos de salvaguardas jurídicas o sindicales. Asimismo, reformas jurídicas como las leyes de cercados (concentradas sus promulgaciones entre 1760 y 1840) o la Ley de Pobres (1834), supusieron una transformación fundamental de la posibilidad de explotación natural y laboral, y contribuyeron a reforzar la propiedad privada. El aumento de la concentración de la propiedad privada en menos manos, proporcionalmente supuso la minimización o eliminación de las economías de subsistencia y del tejido social en el que éstas se inscribían. Tejido social también dislocado por el fenómeno del éxodo rural, generado por los nuevos empleos fabriles, y el nuevo contexto jurídico que acabamos de mencionar. En ese ciclo de crecimiento del capitalismo —o transformación del capitalismo mercantil en capitalismo liberal—, se produjo en términos de David Harvey, siguiendo a Marx, un proceso de acumulación por desposesión. De las tensiones internas de dicha sociedad capitalista fue testimonio la crisis de 1929, la cual ocasionó un estancamiento político y económico que desembocó en el auge de los totalitarismos de la Europa de entreguerras, como dio cuenta Karl Polanyi. Restaurado el orden sociopolítico en los años 50, como Arenas expone, se vivió un periodo de incremento de la productividad sin parangón histórico que superaba con creces las predicciones más optimistas (Keynes), y un movimiento pendular de la socialdemocracia a la restitución de las teorías de libre mercado en los 70 mediante líderes políticos como Thatcher o Reagan. De la crisis de los 30 a la del 2008, los análisis normativos críticos se han ido actualizando, pero no son el único frente desde el que se denuncian los problemas sistémicos. Desde la década de los 90 en adelante numerosos movimientos sociales ecosocialistas de

diversa índole, así como partidos políticos usualmente denominados “verdes”, y cada vez más estudios científicos han alertado y alertan de las catástrofes ecológicas que produce el modo de producción tardocapitalista. En 2015, como señala Arenas, incluso un informe del FMI alarmaba no ya de las peligrosas consecuencias ecológicas sino de las sociales, derivadas del capitalismo, plasmadas en el indicador de la desigualdad social, al que se refieren como «el desafío que define nuestra época».

Capitalismo Cansado nos ofrece una colección de debates ecosocialistas desde diversas perspectivas que deberíamos todos conocer, casi por imperativo moral, en tanto que ciudadanos con responsabilidad social y habitantes materiales del planeta que aspiran a seguir siéndolo. Dichos debates tratan de dar cuenta de las tensiones ecopolíticas del mundo actual —no sólo internas a la economía, sino también externas—, las cuales se ordenan en los siguientes planos: económico, ecológico, demográfico, energético y alimentario. Todos estos planos son los prismas de una crisis global multidimensional, cuyas causas es necesario determinar, para poder dar soluciones adecuadas.

Por un lado desde el capítulo 1 al 5, se exponen los conceptos elementales de la teoría marxista del valor trabajo, así como la selección más relevante de críticas que se le han hecho a la misma, a la luz de actualizaciones como la historia económica de Piketty, o la incorporación de nuevos fenómenos de mercantilización, explotación y expropiación, como consecuencia de los últimos desarrollos tecnológicos de lo que ha venido a denominarse la cuarta revolución industrial, o el capitalismo digital o de plataformas. Con ello no sólo nos muestra el acervo de resultados de las mejores teorías de economía política hasta la fecha, sino una explicación del estado de nuestro mundo actualmente. ¿Sigue funcionando el capitalismo como sistema para producir la máxima productividad? ¿En qué medida han empeorado los factores esenciales de las condiciones laborales, en los últimos cien años? ¿Es correcto que las sociedades tengan como objetivo la producción de máxima productividad? ¿Qué disciplina y qué conjunto de teorías puede orientarnos en la definición de las prioridades sociales, para la determinación de dichos criterios? Estos capítulos responderán estas y más preguntas, advirtiéndonos del triple fracaso que debe enfrentar en este instante todo análisis que aspire a aportar soluciones para poder definir proyectos de vida buena: fracaso ecológico, fracaso social, y fracaso individual. Es decir, afrontar la insostenible erosión de los ecosistemas y la finitud de sus recursos, el ya insostenible incremento de la desigualdad social; y el modelo de vida internamente contradictorio que nos propone la sociedad de consumo, al incentivarnos a través de la publicidad y los estereotipos de la cultura

de masas para que seamos siempre insaciables, siempre insatisfechos, pero a la vez visiblemente felices. Esto último es lo que le llevó a afirmar a Lester Burnham, el protagonista de *American Beauty*, que su vida equivalía a estar ya muerto, que en cierta manera vivía la vida de otro. ¿Qué proyectos de vida buena nos pueden dar la capacidad de satisfacer nuestras necesidades, y no generar contradicciones que deriven en tasas cada vez más altas de ansiedad, depresión, trastornos alimenticios o del sueño?

No nos tiembla el pulso al afirmar que cimientos tan débiles para apuntalar el proyecto de una sociedad, sólo pueden derivar en su desmoronamiento. Ruinas de una civilización descoyuntada, que en su caída arrastra consigo a millones de vidas humanas y no humanas. Esta terrible metáfora arquitectónica nos remite al capítulo 7 de la presente obra, en la que Arenas enhebra providencialmente reflexiones de urbanismo crítico con estudios de ecología política. Al abrigo de las obras de Heidegger, Wittgenstein, Le Corbusier, entre otros; establecerá una relación entre el habitar y el construir que los imperativos de la especulación inmobiliaria tienden a olvidar. ¿Inspirarán estas líneas a los futuros arquitectos, para diseñar infraestructuras que permitan un equilibrio entre la naturaleza y los humanos? La ecología política por su parte, surgida de las investigaciones en termodinámica de Goergescu-Roegen, permitirán constatar con rigor empírico lo que la crítica filosófica nos viene tiempo advirtiéndolo: los procesos de producción —creación de trabajo— son irreversibles, dado que dicha producción implica pérdida de energía que no puede volver a ser usada. Esto permite identificar una “flecha del tiempo” en dichos procesos, como se encargó de analizar Ilya Prigogine, que nos da todavía más razones para abandonar los modelos de equilibrio ideales de la economía clásica. Si la geometría fue un modelo epistemológico adecuado en algún momento de la historia del pensamiento, nuestra praxis y crítica normativa puede dejarse guiar ahora por la termodinámica a través de su derivado: la ecología política.

Pero no sólo de satisfacciones materiales viven los hombres y mujeres. ¿Qué hay de lo bello y lo sublime en el siglo XXI? ¿Cómo influyen los cambios tecnológicos y sociales en nuestras experiencias estéticas? ¿Nos preguntamos por las consecuencias éticas de dichas experiencias, o son procesos ya totalmente disociados, debido al imperio del hedonismo? Arenas explora en el capítulo final cómo las nuevas formas de ocio y actuales dispositivos electrónicos contribuyen a configurar modos de subjetivación, y formas de sociabilidad, distintos a los de épocas pasadas.

Sin ser un fanático de las posibilidades tecnológicas, incurriendo en el solucionismo tecnológico que ha venido a denominar Morozov, ni tampoco

un tecnófobo que ve en la ciencia y la técnica la fuente de todo mal, a los que habría de enfrentarse una teodicea contemporánea, las reflexiones de Arenas en torno a la “pantalla global” relacionada con consumo del ocio, se mueven en un término medio entre ambos extremos. Justo allí donde reside la posibilidad de la crítica que necesitamos. Nos advertirá, con una argumentación de clara impronta frankfurtiana, que ciertas prácticas en nuestro ocio, pasan de la experiencia de la *aisthetikê* (estética), a la de la *anaisthetikê* (anestesia). Esto es: los consumos de algunos contenidos nos producen anestesia intelectual y aislamiento social; en lugar de conmovernos, emocionarnos, o fortalecer el tejido social. De nuevo, nos remite a la pregunta ética por el proyecto de vida buena, desde la crítica social no sólo al trabajo, sino también al entretenimiento.

¿Durante cuánto tiempo podremos seguir aguantando las progresivas tasas de desigualdad social y precariedad laboral? El capítulo 7 se dedica a contestar a esta cuestión. Así como a analizar la paradoja del actual escenario geopolítico que parece un mundo invertido. Por un lado, la China comunista defiende «con entusiasmo la profundización de la globalización económica y el libre comercio». Por otro lado, EEUU —encarnación hasta la fecha del neoliberalismo globalizador— decidió durante el gobierno de Trump romper tratados de libre comercio como el TPP, o renegociar el NAFTA introduciendo mayores aranceles. ¿Cómo afecta esto a la unidad política del Estado-nación, en un mundo en globalización? ¿Qué ocurre con los apátridas o las víctimas vinculados a unos Estados, de acciones que se generan en Estados distintos o en empresas multinacionales? En un planteamiento que vincula a Arenas con la teórica de la justicia Nancy Fraser, se puede sintetizar: ¿cuál es la escala correcta de la justicia? O en palabras de Arendt: ¿Quién tiene derecho a tener derechos? Si los riesgos o causas de la crisis multidimensional son globales, y el flujo de capitales no conoce apenas de fronteras, pero sí lo hacen las personas migrantes, ¿en qué lugar deja esto al proyecto ilustrado de generar un mundo cosmopolita, en el que la responsabilidad de nuestras acciones no adquiera también el freno de las fronteras, y la ceguera de la distancia? En este importante capítulo, Arenas hace hincapié en la necesidad del proyecto de una ética para la sociedad por venir. Ello enlaza con la necesidad tematizada por Veblen de generar instituciones no imbéciles o, en otras palabras, de construir órdenes sociales institucionalizados sostenibles, que propicien la salida de nuestra autoculpable minoría de edad, y no generen nuestra autoaniquilación material. Instituciones que no estén presas de nuestros apetitos irrefrenados.

El mensaje que Arenas trata de comunicar en *Capitalismo Cansado* al siglo XXI, se hallaba ya inserto en la sabiduría de Aristóteles, cuando éste en el Libro I de su *Política*, distinguiendo entre *oikonomía* (economía doméstica con límites) y *kebrematistiké* (arte de la adquisición, carece de límite), critica la usura del maldito Rey Midas, que preso de su *auri sacra fames*, desesperaba por su insaciable deseo. A propósito de ello, Aristóteles comenta: “Ciertamente extraña es esta riqueza en cuya abundancia se muere de hambre”.

Iliana Melero Monagas
Universidad de Zaragoza
ili.melero@gmail.com